

CON TÍTULO DE UN TANGO de Alfredo Lopera y Carlos Gardel, la directora del MAMB nos ofrece en esta entrega de la *Revista de Santander* una síntesis de lo logrado durante las dos primeras décadas de un sueño cultural que se mantiene hasta nuestros días en su sede propia de la Calle 37.

La culminación de dos décadas de funcionamiento del MAMB implica un ejercicio de la memoria acompasado con los sentimientos del corazón.

Más allá de una fría relación de cifras, indicadores cualitativos o cuantitativos de logros y frustraciones registradas cuidadosamente durante un lapso de tiempo determinado, está latente el compromiso de sus fundadores, gestores, promotores, funcionarios, voluntarios, artistas plásticos, docentes, historiadores y el público, muchas personas que han demostrado de manera convincente que es posible conseguir que una institución museal haya permanecido fiel a su misión fundacional: “*ser el lugar de convergencia de los testimonios del arte contemporáneo*”. Si fuera necesario esgrimir algún argumento para justificar la existencia de una institución como el MAMB bastaría con saber que se ha convertido en la ventana para que Bucaramanga ingrese a la modernidad.

Los aniversarios siempre motivan el recuerdo, la búsqueda del pasado que concluye con la prefiguración del futuro. Es por ello que hoy los invito a rememorar el día 18 de enero de 1985, cuando el ingeniero Gabriel Hernández inauguró una exposición colectiva en la Casa de la Cultura de Piedecuesta con las obras de tres artistas invitados: Guillermo Spinosa, Sonia Gutiérrez y Luis

Ernesto Parra. Conforme a la memoria del maestro Espinosa, al día siguiente de la inauguración Gabriel lo visitó para informarle que su obra titulada “Fósforo” había sido agredida por motivos extraños, y le entregó un cheque en blanco para que escribiera el valor de la pintura. El maestro le agradeció el gesto, pero se negó a llenar el cheque. En ese momento propuso lo siguiente: “¿Por qué no fundamos un museo de arte?”. La respuesta afirmativa de Gabriel Hernández fue el comienzo de una intensa campaña pública para proveer el primer elemento constitutivo de un museo: el continente. Pronto fue localizado: era una bella casa republicana situada en la Calle 37 del perímetro urbano de Bucaramanga, con la nomenclatura número 26-16 del Barrio Bolívar y con un área disponible de 2.910 metros cuadrados.

Los recursos financieros para la adquisición del inmueble fueron el resultado del esfuerzo mancomunado empeñado por Rodolfo González García, en ese entonces contralor general de la República, y por dos gobernadores de Santander, los doctores Eduardo Camacho Barco y Álvaro Beltrán Pinzón. Simultáneamente se propuso la conformación del segundo elemento constitutivo: el contenido. Fue entonces cuando el presidente de la junta organizadora, el mismo Gabriel Hernández, viajó a Bogotá para gestionar 25 obras de los más connotados



artistas nacionales bajo la figura de préstamo en comodato, las cuales serían expuestas al público en las futuras salas del museo.

En el año 1989 asumí la dirección del Museo con el encargo de adecuar los espacios conforme a las normas museográficas entonces vigentes, proyecto que se realizó bajo la dirección de los arquitectos Oscar Posada y Pedro Gómez Navas. Fue así como el 9 de febrero de 1989 se inauguraron oficialmente los espacios museográficos: dos salas de exposiciones y el patio de esculturas que mostró los *Recuerdos de Macchu Picchu*, obra reciente salida de las manos del maestro santandereano Eduardo Ramírez Villamizar.

A partir de esa fecha se acometió el trabajo de diseñar, ejecutar y evaluar los otros dos elementos constitutivos del museo: la planificación y el público. En 1995 se reformaron los estatutos para modificar el nombre original y adoptar el que hoy lleva: Fundación Museo de Arte Moderno de Bucaramanga. Desde 1999 fue inscrito el MAMB en la Red Nacional de Museos, Programa de Concertación “Romper Los Muros”, que ya cumple su novena versión.

Recibimos un continente, una sede que se pudo ampliar hasta la Avenida la Rosita en 293 metros cuadrados. Un an-

tiguo parqueadero se transformó en jardín de esculturas, consolidando así el sector educativo con la Sala Terpel. Las sucesivas juntas directivas que fueron elegidas por la asamblea (1995-2007), presididas por Gabriel Hernández Suárez, Ernesto Rueda Suárez, Ricardo Gómez Vanegas, Alberto Hincapié Corral, Juan José Ortiz Sepúlveda y Carmen Cecilia Solano Vargas, han orientado las metas propuestas. Los resultados demuestran en forma convincente que es posible lograr que una institución museal permanezca, a pesar de los avatares del oficio, en un medio social que propicia el naufragio de los esfuerzos culturales.

El MAMB ha permanecido incólume durante dos décadas porque se ha propuesto ser fiel a su misión original: ser una institución cultural al servicio de la sociedad y de su desarrollo, que investiga, colecciona, exhibe y divulga los testimonios del arte a través del estudio, la educación y el deleite. Esta permanencia no es una milagro sino el fruto de un esfuerzo compartido con un equipo de trabajo fiel que ha recibido del museo el mejor diploma de ética profesional, capacitación y, ante todo, un sentido de pertenencia arraigado en la convicción de que “hacer cultura es resistir”. ❖